

funesto con alguien que se permitió sonreír, oyendo una de sus sentencias:

«El noble puede seducir, despojar, matar, pero jamás huye, entrampa ni miente».

—Ah,—recordó entonces Julio D.,—sería ese aquel famoso «duelo de la sonrisa», que alguna vez te oí mencionar. Con un emigrado..., cubano, según creo...

—No, mejicano. Al notar su gesto irónico, Don Juan le dijo con helada cortesía: Quizá es más fácil sonreír, señor, que mantener esa sonrisa ante la punta de una espada.

El otro la mantuvo, pero recibió una estocada clásica, a dos dedos del corazón.

Dicho incidente relacionábase, por lo demás, con una de las varias conquistas que dije, y cuya víctima fué una criatura deliciosa, casi una niña, de la cual había sido pretendiente, al parecer, el mejicano de la estocada. Pero, déjenme llegar cuanto antes al relato que me interesa.

* * *

—Todos mis contemporáneos recuerdan el baile que dieron a mediados del 88 los esposos R. J., como uno de los acontecimientos sociales con que se clausuró aquella «época de las grandezas», menos por su boato y distinción, dignos de la pareja obsequiante, que por haber sido reina de la fiesta quien lo era ya de los salones porteños, hasta el despotismo y la adoración: precisamente, «una de esas beldades que hacen época», como se dice en viejo estilo, y que quién sabe por qué complicaciones de la cultura, del ambiente, de la fortuna gozada durante generaciones, de la alianza entre castas selectas, engendra de cuando en cuando la Gracia, para su exclusivo esplendor, como aquel tulipán que florecía una vez por siglo en los jardines del sultán de Constantinopla. Esa mujer cuyo nombre es inútil disimular, puesto que desde hace tantos años impuso a la maledicencia el imperio de su desdén, era una conocida de todos ustedes: Amalia Parish, semidiosa todavía.

Lemos y Julio aproximáronse a la mesa con interés.

—Mi tía Pastora—dijo el primero—no obstante su devoción, la admira como a una mujer de talento extraordinario.

—Y nada más bien hallado—completó el otro—que su denominación de semidiosa. Ayer, precisamente, la encontré, radiante de esa gallardía que parece ir alejándola en la soberbia de una invencible juventud.

—Efectivamente—resumió Eguía,—en los seres de esa clase, la edad no es decadencia, sino retirada. La hermosura perfecta lleva en sí algo de inmortal. Y Amalia Parish lo fué, hasta no faltarle ni el don de una inteligencia tan clara como la limpidez de sus ojos. Es, así, de las que conservan mejor aquella gentileza del lenguaje en que residía, tal vez, el encanto más delicado de la porteña, por lo bien que conciliaba la dignidad de la expresión con la espiritual vivacidad del concepto.

A los veinte años apenas, porque las muchachas figuraban entonces más temprano

en sociedad, impuso sin disputa el imperio de su belleza.

Imperio solitario como el de una estrella lejana, ya que ninguno de sus adoradores—, y quién no lo era—, había logrado sorprender el más mínimo temblor sentimental en el rayo de sus ojos celestes.

Linda hasta el éxtasis, griega de Atenas por la perfección y de Siracusa por la gracia, conforme habría dicho nuestro clásico Lemos, parecía que su juventud deslumbraba por transparencia, en una luminosa inmaterialidad de rocío. Belleza pura, total, más propia de que la tallara al diamante, en uno de sus sonetos de precisión, Lugones, que es poeta...

Ambos favorecidos nos inclinamos ante la fineza que Eguía, muy de la vieja escuela, es decir, intransigente en materia de retribución, apresurábase a devolvernos.

—...Belleza fría, por lo tanto. Así, al menos, opinábamos entonces. Unos atribuíanlo a su sangre británica; otros a orgullosa complacencia de sí misma...

Hasta aplicábanle un fácil retruécano de mi cosecha, con el que rindiendo homenaje a la novela nacional, habíale puesto yo la Amalia de mármol...

—Es decir—, comentó Julio D. riendo—, de la misma pasta que el Comendador.

—Sin duda, como la propia doña Inés. Por algo sería que su amante, mejor dicho el Amante eterno y fatal, la eligió entre todas para comunicarle el secreto de sus conquistas.

—¿O sea...?—interrogó vivamente Julio.
—O sea lo que van ustedes a saber esta noche.

Bienaventuranza

¡Los pobres de espíritu, bienaventurados!
De excesivos pesos marcharon cargados.

Su vida es oscura, su existencia amarga;
pero el Señor mismo cargará su carga.

Oh Señor, de toda bienaventuranza
esa de ser flaco sólo se me alcanza.

Con dulce mirada, con manos sedeñas,
pesaste mis fuerzas, viste mi alma mustia,
y me diste cargas, Señor, tan pequeñas,
pero que así y todo me dieron angustia.

Y a los fariseos: —Dejad que os diga
que es ante mis ojos tan grande una hormiga
—su valor tan puro, su afán tan profundo—
como un Dios o un Atlas que levanta un
[mundo.

¡Si otro las pesara! Pero yo las peso
y en ninguna carga puede hallarse exceso.

Porque también dije, a la cruz clavado:
¡Dios mío, Dios mío! ¿me has abandonado?

R. ARÉVALO MARTÍNEZ

Setiembre de 1923.

(El Imparcial, Guatemala).

Y después de un hábil silencio para aguzar la impresión:

—No te hagas muchas ilusiones. Generalmente, la revelación de los grandes secretos es poco aprovechable, por falta de preparación o de índole. Sólo a un gran químico que fuera al mismo tiempo un místico, le serviría la fórmula de la piedra filosofal.

Calló otra vez, como recapacitando. Luego, en voz más baja:

—¡Su amante!...—prosiguió. La noticia fué una bomba. Una semana después del gran baile, embargaba todos los comentarios el mismo estupor.

Pues aquí reanudo, que tiempo es ya, el hilo de mi relato.

Absorto, sin duda, por sus otras conquistas, don Juan de Aguilar no había reparado en Amalia: circunstancia que pudo parecer afligente para su buen gusto, pero que habría resultado explicable, también, por el carácter de la heroína: el demonio cohibido ante el serafín. Nada de esto ocurría en tanto, según se vió después; ya que mediante un recurso, viejo en suma como todas las argucias diabólicas, el conquistador premeditaba la captura de su presa angelical.

Don Juan aparentaba, pues, indiferencia ante Amalia, a pesar de conocerla y de estar muy relacionado en la casa de Julia W. de R., prima e íntima de aquélla. Verdad es que siendo Julia una de las pocas mujeres lindas que no hubiese cortejado el conquistador, dicha actitud podía significar su respeto al hogar amigo, donde el más noble amor conyugal tenía su dechado en la persona de la dueña de casa.

Amalia, en tanto, mujer al fin, y con esto sensible al misterio inquietante de aquella fama, llegó más de una vez, casi por instinto, a aproximársele, bajo la curiosidad hostil, pero temerosa, del pájaro ante la serpiente. Sorprendida de sí misma, el miedo que debió confesarse, transformósele en vago rencor, primero, en perfecta indiferencia después.

Don Juan permanecía igualmente impasible; y por más que hablara con ella algunas veces, nunca le había dirigido la palabra.

Pero esa noche del baile, la casualidad, acercándolos en un saloncito inmediato al ambigú, inició el drama.

Fué la chispa una frase trivial como en todas las horas decisivas de la existencia.

Solo y de pie ante una mesa central, Don Juan, que probablemente esperaba, al oír el sedoso rumor del andar femenino, volvió la cabeza con breve ademán de halcón, alzando hasta ella su mirada de sombrío topacio. Y dirigiéndole la palabra por primera vez:

—El blanco—dijo—sienta mejor que el azul a su género de belleza.

Debo advertir que en reuniones anteriores, había vestido ella de azul con cierta frecuencia, lo cual revelaba una atención minuciosa bajo el aspecto indiferente de Don Juan.

Pero, el repentino halago de esa comprobación, asumió en ella una intensidad tal, que paralizada de golpe, tuvo que apoyarse